
ACERCA DE INTELECTUALES Y POLÍTICA EN EL PERÚ

Osmar Gonzales

REFLEXIONAR SOBRE LA RELACIÓN aludida en el título de este artículo es riesgoso y difícil. Riesgoso porque se puede no conseguir la distancia prudencial necesaria para el análisis y porque, en parte, es hablar sobre un asunto que concierne vivencialmente; difícil porque generalizar puede conducirnos a ignorar circunstancias y matices importantes que tienen que ver con las diferentes épocas, con los diversos tipos de intelectuales y con la variedad de formas que éstos tienen de relacionarse con la política. De esta manera, los vínculos de los intelectuales con la política deben ser estudiados en una larga línea histórica que debe ser acotada por el tipo de intelectual que surge en cada momento. En otras palabras, al problema (relación intelectuales-política) hay que proveerle densidad histórica. Y esto es todo un programa de investigación.

Estas limitadas páginas sólo pretenden esbozar líneas que considero aprovechables para contribuir a la formación de una sociología sobre intelectuales en el Perú. Como señala Pierre Bourdieu, estudiar la participación de los intelectuales en la política exige, previamente, hacer una sociología crítica de ellos. Por lo tanto, no pretendo abordar

OSMAR GONZALES

a todos los intelectuales peruanos y en todas las épocas, sólo formular hipótesis que ayuden a comprender.

Cuando me refiero a que los intelectuales establecen relaciones con la política pienso en los dos medios básicos por los cuales quieren influir en las decisiones políticas: como ideólogos, en tanto pensadores sociales con pretensiones de totalidad (aun cuando su totalidad referencial no coincida con la totalidad del país, por razones que veremos después), como asesores o consejeros morales de la sociedad¹, lo cual es característico del proceso social europeo occidental. También puede ser como políticos propiamente dicho, mostrando gran adaptabilidad para ello fundando partidos, organizando frentes, ofertándose como candidatos presidenciales o parlamentarios, etc. En suma, los intelectuales en Perú (y posiblemente en todos aquellos países de gran heterogeneidad cultural y precaria institucionalización) no sólo quieren influir en la política sino que, más aún, desean ser parte de ella, aunque ello implique el abandono de su principal tarea en tanto intelectuales, esto es, la de generar ideas, agitar el debate, someter a cuestionamiento constante el conocimiento legitimado.

¹ Aunque es difícil clasificar los intelectuales según su participación en la vida pública, puesto que sus trayectorias no son ni lineales ni homogéneas, es posible destacar algunos nombres tomando como referencia hechos claves de sus vidas, aunque sea sólo a título indicativo. De este modo, cuando pensamos en los ideólogos se nos vienen a la mente intelectuales como Juan Pablo Viscardo y Guzmán, Manuel Lorenzo Vidaurre, Bartolomé Herrera, los civilistas de *La Revista de Lima*, los positivistas José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaunde, Francisco Miró Quesada y los ligados a la Nueva Izquierda, entre otros más. Como asesores es posible mencionar a Hipólito Unanue, José Baquijano y Carrillo, José Faustino Sánchez Carrión, Luis A. Flores; los intelectuales ligados al velasquismo y agrupados en SINAMOS, Hernando de Soto. Como consejeros morales se ubican Francisco de Paula González Vigil, Mariano Amézaga, Manuel González Prada y Jorge Basadre. Reitero que esta lista no es para nada exhaustiva, sólo indicativa, además de que un mismo intelectual puede haber cumplido diferentes papeles a lo largo de su trayectoria.

INTELECTUALES Y POLÍTICA EN EL PERÚ

Cuando me refiero a los intelectuales peruanos aludo sólo a dos tipos de ellos: pensadores sociales y escritores, es decir, a aquellos que utilizan la palabra escrita como medio principal de comunicación y expresión². Con ello excluyo de mi campo de reflexión a otro tipo de intelectuales y artistas (los plásticos, los cineastas, los maestros, por ejemplo). Ello hace más limitado mi universo de análisis, pero al mismo tiempo lo vuelve más preciso.

LA ESCISIÓN CULTURAL

Desde la Colonia, el poder fue identificado con una minoría perteneciente a un específico componente étnico que controlaba los recursos económicos y poseía los valores culturales necesarios para mantenerse en esa posición de dominio (como la lengua y la escritura). Los espacios de decisión e influencia eran restringidos y la pretensión de modificar la situación dada sólo podía intentarse por la vía de la insurrección o por medio de la apropiación de esos bienes culturales para poder influir en ella, aunque fuera dentro de una pequeña franja social. La posición privilegiada para aprovechar esos bienes por parte de los intelectuales hace que opten por el segundo camino.

La forma de organización propia de la Colonia someramente descrita se mantuvo durante la República. Luego de la independencia siguió la fragmentación en todos los niveles de la vida social. Las pugnas entre caudillos militares prácticamente hicieron desaparecer el Estado y una nueva institucionalidad estaba muy lejos de concretarse. En este contexto, los intelectuales perdieron aún más un referente único o universal al cual dirigirse, por lo que su diálogo directo fue con algunas de las

² Como se verá lo largo del texto, me inspiro en la obra capital, aunque tomándola libremente en mi provecho, de Coseriu, *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, FCE, México, 1966.

OSMAR GONZALES

distintas fracciones en pugna. La polémica entre liberales y conservadores, encarnada por los hermanos Gálvez y el cura Bartolomé Herrera, no se dio sobre la base -y al frente- de un Estado constituido, sino que nos muestra un terreno en el que ninguna de las partes había conseguido aún la hegemonía. El Estado peruano era todavía un concepto por crear.

La relativa modernización y el ingreso de capitales que significó la riqueza natural guanera a mediados del siglo XIX produjo un cierto ensanchamiento de la vida política, social y cultural. El enriquecimiento de las élites fue acompañado por una movilización de parte de algunos sectores de la sociedad, especialmente urbanos, que iniciaban su camino organizativo bajo las ideas del mutualismo. En este momento se perfilan mejor tres figuras de intelectuales más o menos clásicas. Por un lado, el intelectual que asume directamente un papel político, como fue el caso de Manuel Pardo, fundador del Partido Civil (1872) y primer presidente civil luego de fundada la República. Por otro, el intelectual que frente al poder trata de convertirse en un foco moral de la sociedad, más por sus actitudes que por su tesitura reflexiva (que también la tuvo, pero menos significativa), como Mariano Amézaga. Finalmente, surge el intelectual como asesor de los grupos de artesanos y primeros obreros que buscaban asociarse, como fue Francisco González de Paula Vigil.

Después viene la derrota en la guerra de 1879, con Chile, y la necesidad de buscar centralizar mínimamente un Estado y cohesionar cierto tipo de sociedad. El fracaso militar y político de la guerra no sólo significó la postergación del proyecto de construir una nación, sino también la aparición del "disidente", encarnado en el gran pensador anarquista Manuel González Prada, quien, con su verbo vibrante y sus acusaciones fulminantes contra la corrupción e ineptitud de las élites, representa un intento por cambiar (al menos en el discurso) un tipo de relación entre Estado y sociedad basado en la discriminación de los mayoritarios contingentes indígenas.

INTELECTUALES Y POLÍTICA EN EL PERÚ

No obstante, luego de concluida la guerra, se muestran los contornos de una época en la que se revela un mayor interés por parte de las élites por lograr construir un Estado estable y sujeto a ciertas reglas durante la época del dominio oligárquico (1895-1968). El fin del militarismo de la posguerra y un relativo auge económico por el incremento de la agro-exportación no significaron que el país ingresara a una etapa de democratización social y política. A lo sumo, se abrieron las puertas a una relativa modernización sin modernidad, al menos en gran parte de los sectores dominantes.

Las élites oligárquicas siguieron esforzándose por marcar sus diferencias con el resto de la sociedad, constituida por grupos provenientes de diferentes tradiciones culturales que consideraban arcaicas, ubicados en los rangos más bajos de la República oligárquica, especialmente las razas "de color". Estableciendo un orden político y social exclusivo y excluyente, las familias oligárquicas³ se esmeraron por mantener su vinculación con la cultura europea en vez de plantearse seriamente el objetivo de construir un Estado nacional integrador, inclusivo, representativo de la pluralidad peruana de ese entonces. A lo más, se incorporaba a los sectores populares a la nacionalidad en tanto representaban la "sangre y el músculo" del país. El eje de este orden lo constituyeron las haciendas, en cuyo centro la población indígena, utilizada como fuerza de trabajo, se sometía al poder del hacendado, quien tenía la autonomía suficiente para ejercer la justicia y regular el proceso económico.

Por medio de mecanismos como el compadrazgo y ejerciendo alternativamente la represión y el paternalismo, el hacendado mantenía el orden social al interior de sus propiedades. Los hacendados más prósperos tenían

³ Las alianzas familiares, vía el matrimonio, fueron frecuentes en la conformación de los Estados latinoamericanos. Al respecto, ver Diana Balmori et. al., *Las alianzas de familias y la formación de país en América Latina*, FCE, México, 1990.

OSMAR GONZALES

mejores condiciones para vincularse con el mercado exterior, como lo representan los "barones del azúcar" del norte, o los comerciantes laneros del sur. Esta vinculación les permitió el enriquecimiento, el mantenimiento del poder político, pero con el inconveniente de terminar siendo culturalmente "forasteros". Un ejemplo claro de esto último es que las élites que controlaban el poder se educaban especialmente en Europa primero, o en Estados Unidos después, tratando de imitar patrones de vida foráneos y buscando incorporarse a su cultura. Es por ello que los integrantes de las familias oligárquicas podían conocer idiomas como el francés, el alemán o el inglés, distanciándose más aún del grueso de la sociedad peruana⁴.

LA OPCIÓN DEL INTELLECTUAL

Pero más allá de la imagen estática que nos ha quedado de la sociedad oligárquica, hay que decir que, por el contrario, se trató de una sociedad profundamente movilizadora, producto justamente de las contradicciones que generaba el sistema de dominio socio-cultural descrito. Los amplios sectores de campesinos que se rebelaban en contra de la apropiación feudal, los emergentes sectores urbanos, es decir, obreros, artesanos y clases medias, la ampliación de los círculos intelectuales, entre otros procesos, nos hablan de una sociedad sumamente activa.

Los procesos de modernización y urbanización, si bien no pudieron romper el espinazo del orden oligárquico, prepararon su funeral. Y esto es válido tanto por los procesos mismos como por los actores que ayudaron a aparecer y consolidar. El proto-populismo de Billinghurst, el gobierno modernizador de Leguía, las ideologías revolucionarias del aprismo y del socialismo, las

⁴ Un libro importante al respecto es el de Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la República aristocrática*, Ed. Rikchay Perú, Lima, 1980.

INTELECTUALES Y POLÍTICA EN EL PERÚ

confrontaciones civiles de los treinta y la aparición de incipientes sectores de burguesía nacional expresan que el dominio oligárquico no fue tan terso y sin sobresaltos como a menudo se cree. Si no, no se explicaría la apelación al Ejército, que dio origen a la alianza civil-militarista.

De manera subterránea, en el endurecimiento del Estado se desenvuelve un proceso incesante de parte de aquellos sectores sociales excluidos que buscan ser incorporados a la vida nacional, tanto a nivel productivo como político y social. El resultado es, aunque no siempre de manera consciente, la exigencia por la ampliación de la ciudadanía.

Evidentemente, se trata de una sociedad no sólo movilizada sino también polarizada. Dentro de su propia vivencia, los intelectuales reproducen la tragedia que, en otro plano, experimenta el mestizo: no pertenecen a ninguno de los dos mundos en conflicto de manera absoluta. Por lo tanto, pueden optar por dos salidas: por la incorporación al mundo criollo blanco occidental o por su oposición a él. En otras palabras, el intelectual en Perú no sólo está en medio de los conflictos, sino que es parte de ellos. No puede colocarse al margen.

LA PARADOJA DEL INTELLECTUAL PERUANO

La paradoja del intelectual peruano es que de la sociedad criolla se beneficia del lenguaje y de ciertos valores culturales, pero esto lo coloca en una pequeña franja de la nacionalidad, no lo ubica en el centro del terreno fecundo de la sociedad amplia, que es donde justamente debe recabar su legitimidad. Esta ubicación no deseada le impide cumplir con la tarea del intelectual moderno: generar y expandir los valores centrales de la sociedad⁵.

⁵ Por ello, la otra salida para el intelectual puede ser el deleite en la creación pura, como José María Eguren, Martín Adán, Javier Sologuren o Germán Belli.

OSMAR GONZALES

En otras palabras, allí donde toma el lenguaje no encuentra la posibilidad de comunicarse con los diferentes sectores constituyentes de la nacionalidad. Y allí donde sí debe recabar su legitimidad, fomentando los valores centrales o comunes, no halla el lenguaje que le permita transmitir las experiencias y modelar prototipos de seres humanos ideales y aceptados⁶. Se trata de dos mundos incompletos entre los que el intelectual, para sobrevivir, debe optar. Pero la tensión puede ser mortal, colocándolo en una esquizofrenia que no siempre es capaz de resistir. Quizás esta pista pueda ayudar a entender el suicidio del novelista mestizo e indigenista José María Arguedas.

Lo peculiar de Arguedas es que, en primer lugar, su lenguaje mismo trató de ser una simbiosis que expresara los valores culturales del mundo andino y del occidental. Además, el uso que le dio al lenguaje fue con la intención de apropiarse de él para tratar de expresar experiencias, sentimientos y situaciones que provenían de la otra cultura. Su novela póstuma, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, es la mejor expresión de este intento de fusionar apropiación del lenguaje con búsqueda de legitimación en una sociedad "hirviente", como él la definió⁷. Es decir,

⁶ Aunque ello no niegue la existencia de intentos. Quizás los casos más representativos sean los textos de Mario Vargas Llosa y Julio Ramón Ribeyro, aunque sus personajes sean urbanos, cuando no urbano-marginales. Desde el mundo andino se pueden mencionar los cuentos y novelas de José María Arguedas. Abraham Valdelomar esboza tipos humanos, pero referidos especialmente al mundo criollo-provinciano-pobre. Pero quien en definitiva trató de ser el más universal ha sido, sobre todo, el poeta César Vallejo.

⁷ "A falta de una perspectiva histórica, Arguedas en 1939 sentía 'la agonía del español como clima espiritual y lengua pura e intacta'. No perseguía el triunfo guerrero y político de una lengua ni su absorción evolutiva (...). Aun cuando pudiera demostrarse que el español de las tierras altas ha tomado el sello del sustrato quechua, esto no significa necesariamente que haya habido transferencia de la comprensión conceptual o del punto de vista espiritual (...). Lo que buscaba entre las lenguas del Perú era una 'pluralidad discursiva' o la 'identidad combinatoria' que fuera translingüística y transcultural. Dentro de este universo plural, veía al quechua y al español

INTELECTUALES Y POLÍTICA EN EL PERÚ

caracterizada por procesos de relaciones y vinculaciones inéditas entre las diversas culturas y grupos étnicos conformantes de la sociedad peruana.

Arguedas, al menos el Arguedas final, no utilizó el lenguaje para oponerse sin concesiones a lo occidental, sino para, en su apropiación, hacerle decir las experiencias de los que habían quedado sin posibilidad de expresarse. Su propósito fue distinto, por ejemplo, al del joven Luis E. Valcárcel, que utilizaba el lenguaje del "otro" para anunciar la destrucción de su cultura, por medio de la tempestad que anunciaba que iba a bajar desde los Andes⁸.

Los casos ejemplificadores pueden ser numerosos. Sin embargo, no me interesa ser exhaustivo. Simplemente deseo dejar más o menos clara la idea sobre la posición del intelectual en una sociedad escindida como la peruana. La "insularidad" del intelectual actúa como un factor contextual que lo empuja a tomar decisiones, a elegir una opción. Generalmente, las ambigüedades salen sobrando, aunque no se puede decir que se trate de una ley intransgredible.

LOS CONFLICTOS SOCIALES Y LA POSICIÓN DEL INTELLECTUAL

Esto último me lleva al otro tema, consustancial al anterior (el de la ausencia e imposibilidad de constituir los

como 'copresentes' (...). Tanto Dante como Arguedas se enfrentaron a la transición de un mundo agónico a los primeros vagidos del otro" (Richard Morse, *Resonancias del Nuevo Mundo*, Vuelta, México, 1995, pp. 93-94).

⁸ "Por eso mismo (porque Valcárcel no es indio) se yergue furioso contra la férula de la Academia y propone una ortografía original que ya usan muchos. Me limito a objetar pancescamente. Nada ganamos reemplazando el `gua' español con la `w', que no es peruana, sino sajona. Tampoco ganamos mucho con sustituir la `c' fuerte por una `k', que tampoco es peruana, sino germana. Pasar de Madrid a Berlín y Londres no nos da el derrotero del autoctonismo (...). El quechua lo que requiere es uniformar la grafía y la prosodia" (Luis Alberto Sánchez, "Colofón" a *Tempestad en los Andes*, Ed. Universo, 1972, p. 182).

OSMAR GONZALES

llamados valores centrales de la sociedad), me refiero al de la práctica del intelectual.

Había comenzado recordando los casos de dos cronistas mestizo-indígenas de inicios de la dominación colonial y su necesidad de comunicarse con lo constituido como el poder. Esta necesidad se explica, continuaba, tanto por la ausencia de un lenguaje común como por la inexistencia de valores compartidos. Por lo tanto, frente a esta situación, el intelectual está obligado a tomar decisiones.

Lo que quiero subrayar es que, en una sociedad escindida culturalmente, el intelectual no puede desarrollarse de la misma manera como lo hicieron los escritores de la Europa del siglo XVII-XVIII, quienes, de alguna manera, se convirtieron en los dioses terrenales de sus respectivos países, en santos laicos que ocuparon el lugar dejado por los dioses celestiales durante el proceso de secularización⁹.

Es decir, los intelectuales en Perú no pueden convertirse en los grandes referentes de una "comunidad imaginada" más allá de disputas de las fracciones¹⁰. Por el contrario, como señalé, son parte de esas fracciones. El concepto de encarnación de la totalidad está ausente en ellos. Quizás esto explique por qué, al menos en el presente

⁹ Paul Benichou, *La coronación del escritor, 1750-1830*, FCE, México, 1990.

¹⁰ "Una nación es una comunidad en tanto implica un compañerismo profundo y horizontal entre sus integrantes, aun cuando es imposible que todos se conozcan. Es imaginada porque esa imagen de comunión está presente en la mente de cada uno. Al mismo tiempo, la nación es limitada porque tiene fronteras finitas, aunque elásticas, y es soberana por sus sueños de libertad, y que está representada en el Estado soberano" (Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, FCE, México, 1993). En el Perú, diferentes autores reclamaron esta comunidad, aunque llamándola de distintas maneras. Belaunde sentía que no hayamos sabido forjar un ideal; Riva Agüero decía que había que recuperar el alma nacional; Basadre afirmaba que aún era posible cumplir con la promesa de la vida peruana, entre otros ejemplos.

INTELECTUALES Y POLÍTICA EN EL PERÚ

siglo, los personajes más representativos sean Mariátegui y Haya de la Torre, quienes trataron de dar forma a una sociedad nacional desde la experiencia del conflicto¹¹.

Desde este punto de vista, ello querría decir que, estructuralmente, hay un campo intelectual sin instituciones que le den sustancia¹². Y que ello lleva al intelectual a buscar su legitimidad en otros ámbitos, especialmente en el de la política. Para decirlo de una manera más sociológica, el terreno de la política le ofrece al intelectual lo que en su propio campo no encuentra, esto es, comunicarse con la sociedad total. Pero, siempre encerrado en su paradoja, cuando lo consigue, lo hace al costo de renunciar a su ser intelectual. Resulta terminando otro en otra parte.

Esta ausencia de un campo intelectual vuelve difícil que los intelectuales se reproduzcan como tales y recauden legitimidad social. Esta manera de ver el problema ubica a los intelectuales en su entorno, permitiendo ver, además, no sólo a los intelectuales sino también a lo intelectual¹³.

¹¹ Por otro lado, la imposibilidad de construir un discurso hegemónico y totalizador lleva a los intelectuales al enfrentamiento contra el sistema establecido de valores e ideas. Casos representativos en el Perú son los colónidas, los indigenistas, los comunistas.

¹² Pierre Bourdieu señala que, si bien el campo intelectual y el del poder tienen gran autonomía, el primero está determinado "por el lugar que ocupa en el interior del campo de poder". Además, el campo intelectual se debe constituir como "un sistema de posiciones que exige clases de agentes provistos de cualidades determinadas (socialmente constituidas) [esto es, intelectuales, artistas, escritores], tal como un mercado de trabajo exige puestos" (*Campo del poder, campo intelectual*, Ed. Folios, Buenos Aires, 1983, p. 21).

¹³ Creo que las dificultades que se derivan de privilegiar los intelectuales dejando de lado lo intelectual están bien ejemplificadas en el artículo de Sinesio López, "Intelectuales y políticos en el Perú del siglo XX", en donde propone un esquema de análisis sobre la manera en que los intelectuales se relacionan con la política, pero dejando de lado casi completamente los factores contextuales (en Alberto Adrián (Edt.), *Pensamiento político peruano. 1930-1968*, DESCO, Lima, 1990).

OSMAR GONZALES

Esta posición escindida y confrontada es posible que nos ayude a explicar el hecho de por qué en Perú, como en el resto de los países latinoamericanos, salvo algunas raras excepciones, no hayan florecido los filósofos, es decir, aquellos pensadores que, elevándose sobre su sociedad, sean capaces de dar un sentido a lo que se presenta incoherente, de dar unidad a lo que aparece disperso¹⁴. Las condiciones para ello son otras, y bien distintas, según lo que hemos estado viendo. Por el contrario, los filósofos han sido, en muchos casos, dirigentes políticos, miembros de agrupaciones que tenían por meta llegar al poder, al control del Estado, a ser parte de los gobiernos. Las figuras de consenso han sido prácticamente escasas.

Podemos recordar los casos de Francisco Miro Quesada (de Acción Popular), de Alfonso Cobián (de la Democracia Cristiana), de Augusto Salazar Bondy (del Movimiento Social Progresista). Todos estos partidos fueron formados en la mitad del presente siglo, es decir, cuando hay un proceso más o menos sostenido de urbanización, de desarrollo y de modernización capitalista¹⁵.

¹⁴ Es por esta característica que Alberto Adrianzén señala con razón que no era casual que en el Perú no se escribiera un drama universal como *Romeo y Julieta*, sino otro en el que las diversas escisiones del país aparecían en toda su dramática dimensión, como en la novela de Enrique López Albújar, *Matalaché* (ver Alberto Adrianzén, "Pacto político y concertación. Juntar las piezas del rompecabezas", en *QueHacer*, Lima, marzo-abril de 1990).

¹⁵ Pero la mención de estos casos no significa que no existieran otros. Podemos citar al Partido Nacional Democrático, de José de la Riva Agüero; al Partido Liberal, de Francisco Mostajo, o al Social Republicano, de Jorge Basadre y Antonio Encinas. Pero podemos retroceder aún más en el tiempo, a los propios inicios de los partidos políticos en el Perú, y preguntarnos si el Partido Civil, fundado por Manuel Pardo en el siglo pasado, no concuerda, acaso, con las características de los señalados.

INTELECTUALES Y POLÍTICA EN EL PERÚ

EL INTELLECTUAL, EL MERCADO Y EL PÚBLICO

Recordar la presencia de estos procesos es importante, puesto que permite plantearnos el tema de si es posible o no la constitución de un mercado en el cual los intelectuales puedan reproducirse en tanto tales.

Las migraciones producidas desde los años cuarenta y cincuenta, la corrosión del orden oligárquico, la presión por la ampliación de la ciudadanía, la lucha por mayores derechos reconocidos por el Estado, la expansión de la educación y la mayor democratización de la universidad son procesos de indudable trascendencia en la historia reciente del Perú. A pesar de ello, las divisiones estamentales de la sociedad y la persistencia de la mentalidad oligárquica fueron hechos demasiado persistentes, aun en la nueva realidad que se iba moldeando al amparo de procesos de modernización capitalista, vía el desarrollo por sustitución de importaciones.

Es cierto que los nuevos contingentes provincianos que se iban asentando en las principales ciudades del país constituyeron fuerzas democratizadoras frente al orden oligárquico. Especialmente porque permitieron y empujaron procesos de reconocimiento de múltiples sujetos como peruanos. Lo lejos, es decir, lo andino, aquellos personajes de piel cobriza y ropa tradicional, se instalaba en los centros de la modernidad nacional, especialmente en Lima. Los estereotipos formados desde la enseñanza escolar dejaban de ser meras alusiones a un mundo remoto. Ahora aquellos sujetos adquirían vida, corporeidad. Ya no se les podía negar su existencia.

Diversos analistas han visto estos procesos como representativos de los periodos formativos de la nacionalidad. Pero sobre lo que hay poner nuestra atención es en que, a pesar de poder ser cierto esto, la formación de un mercado para los intelectuales estaba lejos de concretarse. Es decir, aún no se había constituido un público que consumiera de manera masiva aquellos productos

OSMAR GONZALES

culturales que los intelectuales podrían ofrecer. Hay un intento que es bueno mencionar como caso ilustrativo.

El escritor Manuel Scorza fue un impulsor de una edición a bajo costo de una colección de obras consideradas clásicas. Las denominó Populibros. Era el esfuerzo por llevar la cultura al pueblo. Sin embargo, a pesar de la inversión editorial que significó, no constituyó el éxito comercial que se esperaba. Paralelamente, llega al Perú el *boom* de la novela latinoamericana, teniendo a Mario Vargas Llosa como el máximo representante nacional. Su éxito es indudable, no sólo literario sino también comercial. Es decir, el mercado se reveló que se encontraba en el extranjero, especialmente en Europa, no en Perú. Por ello, Scorza se instaló en el viejo continente y desde allí proyectó su obra literaria.

Pero el problema del mercado literario es algo más profundo que el simple movimiento de compra-venta de libros. Requiere de una condición previa: que haya una comunicación mínima entre productor y receptor, entre escritor y lector. Y para esto es necesario compartir ciertos valores, gustos, sentimientos de una cierta visión del mundo. Los procesos y sujetos aparecidos en la mitad de siglo propiciaron la posibilidad de constitución de un campo más nacional de comunicación. Los contingentes étnicos (criollos, indios, negros y mestizos) confluyen, aunque no sin contradicciones y recelos¹⁶.

Las clases sociales también aparecen compartiendo espacios que antes eran parte de los cotos cerrados de algunas élites. La ciudad se democratiza. Lima, especialmente, se comienza a andinizar. Las calles son tomadas por los contingentes antes postergados. Todo lo mencionado es inusitadamente rematado e impulsado por el reformismo velasquista. El velasquismo puede ser

¹⁶ Carlos Franco, "El sentido del velasquismo en la construcción de una comunidad nacional-ciudadana en el Perú", en *Socialismo y Participación*, Lima, noviembre de 1993.

INTELECTUALES Y POLÍTICA EN EL PERÚ

interpretado como consecuencia de los procesos sociales descritos. Las migraciones, de manera fundamental, coadyuvaron a la emergencia de nuevos sujetos. Se constituye la nueva plebe urbana y se produce un desborde popular, para utilizar dos términos exitosos de la literatura sociológica reciente.

LA AMBIGÜEDAD DE LOS INTELECTUALES DE IZQUIERDA

No es mi propósito entrar en el análisis del velasquismo en tanto régimen político. Lo que sí quiero es mostrar las claves sociales nuevas que se manifiestan y sobre las cuales los intelectuales tendrán que actuar y, claro, pensar. En este sentido, lo que es necesario poner de relieve es que dichos "nuevos sujetos" (nueva clase obrera, producto de la industrialización por sustitución de importaciones, pobladores de los llamados pueblos jóvenes o barriadas, nuevas generaciones de migrantes, sectores intelectuales en una universidad democratizada o aplebeyada) fueron parte de una sociedad que se conformaba de manera molecular, constante e incesantemente.

La necesidad que emergió y que se hará cada vez más evidente, aun en la actualidad, es que era preciso que esta conformación social inédita produjera sus propios representantes. Y esto es válido tanto para lo intelectual como para lo político. En lo político, la crisis actual de los partidos se puede explicar por este desfase entre sujetos sociales nuevos y emergentes y representaciones políticas (incluido el Estado) "viejas". Es decir, éstas siguieron siendo parte de una mentalidad anterior, profundamente permeada por la educación y socialización en tiempos de la oligarquía.

Pero, además, los propios dirigentes pertenecían a las franjas sociales que justamente estaban en retroceso ante el avance de la "cholificación" del Perú (término propagandizado por Aníbal Quijano). Este desfase ya hizo

OSMAR GONZALES

eclosión. El sistema político levantado sobre este espejismo acaba de colapsar. Y de ello no escapa la izquierda, vista en alguna oportunidad como una alternativa distinta de construcción de sociedad. Los principales dirigentes de la nueva izquierda, surgida especialmente de los claustros universitarios modificados, seguían perteneciendo a los sectores criollos de clase media. Los cholos aún no podían segregarse sus propios representantes como si están en condiciones de hacerlo, según muchos observadores, ahora.

Lo mismo ocurrió en el plano intelectual. La pugna en las universidades fue dura para que los sectores emergentes pudieran imponer sus propios intelectuales. Por el contrario, estos seguían perteneciendo, al menos en sus representantes más importantes y visibles, y al igual que los líderes políticos, a los sectores criollos. Es decir, al componente minoritario de la sociedad peruana.

La ambigüedad de la izquierda es la siguiente: su discurso defendía la justicia de los desheredados y de su control directo del poder, pero quienes tenían el privilegio de la palabra eran justamente quienes no pertenecían a esos contingentes mayoritarios a los cuales se apelaba. Esto le produjo un gran sentimiento de culpa a sus miembros. Los intelectuales y políticos de la izquierda actuaban como "intérpretes" del pueblo (lo que, por lo demás, era coherente con la ideología leninista de llevarle conciencia de sus intereses y derechos), lo que resultó seguir siendo la reproducción de un modo de relación jerárquica entre dirigentes y dirigidos donde mucho tenían que ver las diferencias culturales.

Producto de esta ambigüedad y sentimiento de culpa, la ideología socialista se encargó de edificar una imagen benigna y dulce del pueblo. En esta producción ideológica hay que subrayar el papel que cumplió la educación católica y en especial la teología de la liberación en la visión que la izquierda tuvo del pueblo y del cambio social.

INTELECTUALES Y POLÍTICA EN EL PERÚ

Es evidente que los intelectuales de izquierda coadyuvaron a una recuperación del papel de las multitudes en la conformación histórica peruana. También es cierto que sus reflexiones abrieron nuevas temáticas e hipótesis¹⁷ en la comprensión del proceso peruano, distintas de las que habían hegemonizado la enseñanza nacional, heredera principalmente de los intelectuales de los inicios del siglo XX. Pero, más allá de esta influencia importante, en lo que hay que incidir es en que la intelectualidad seguía reproduciéndose fuera de los sectores sociales significativos. Nuevamente, regresamos a lo mencionado líneas arriba: que el intelectual, para subsistir, debe ubicarse en uno de los polos del conflicto. Y el intelectual socialista es un caso ejemplificador¹⁸.

LAS ONGs Y LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS INTELECTUALES

En la reproducción ideológica es claro que ejerció una influencia gravitante la enseñanza escolar, como lo han

¹⁷ Como, por ejemplo, una revisión de los procesos de la independencia nacional y de la guerra con Chile, el problema de la identidad nacional, la participación popular en la construcción de la nacionalidad, el tema de la utopía andina, etc.

¹⁸ Este desacomodo o desencuentro entre un bien cultural (el lenguaje) y la inexistencia de un campo legitimante suyo es campo propicio para que emerjan posturas extremadamente radicales. Un ejemplo puede ser el mencionado de los indigenistas, pero otro, y más actual, es el de los intelectuales senderistas, quienes suman además el marxismo-leninismo, produciendo una de las propuestas marxistas más "frías" de las que surgen en el Perú durante los años sesenta y setenta, imperando, soberana, la razón. "La de SL pretende ser (...) una epopeya cósmica. Para culminarla, cual intelectuales/guerreros al servicio de esa ciencia exactísima que regula el universo como un desmesurado ballet cósmico, tienen que ordenarlo y planificarlo todo de acuerdo al Libro, de acuerdo al marxismo-leninismo-maoísmo, venciendo o destruyendo lo que se oponga a sus leyes ineluctables" (Carlos Iván Degregori, *Qué difícil es ser Dios*, El Zorro de Abajo, Lima, 1989, p. 24).

OSMAR GONZALES

demostrado Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart¹⁹. Pero no se puede soslayar el papel que cumplieron los organismos no gubernamentales (ONGs). La importancia de las ONGs tiene un doble sentido. Por un lado, el maceramiento y la difusión de un pensamiento que trataba de ser alternativo al predominante. La publicación de textos con lecturas de la realidad nacional renovadoras, la asesoría a las distintas organizaciones sociales, la reflexión sobre la política desde otras perspectivas son sus principales aportes. Por otro, la profesionalización e institucionalización de los intelectuales. Por medio de las ONGs muchos intelectuales tienen la posibilidad de ser reconocidos como una voz importante dentro del debate nacional.

Desde su labor, en ellas pueden acceder a los medios de comunicación masiva como la televisión o la radio, por ejemplo. Teniendo como plataforma a las ONGs, los intelectuales son capaces de incidir en la formación de una opinión pública y de participar en los acontecimientos políticos²⁰. Pero justamente esta institucionalización, que debe ser vista como un logro, ocasiona que el desfase entre intelectuales y sociedad se profundice. Nuevamente, el diálogo de los intelectuales busca las esferas del poder, de la política, del ámbito donde se toman las decisiones. Podemos decirlo con una metáfora de Shakespeare: Calibán no puede apropiarse de la palabra, y Ariel sigue revoloteando por los alrededores del poder y la política, por los dominios de Próspero²¹.

¹⁹ Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart, *El Perú desde la escuela*, IAA, Lima, 1989

²⁰ Ahora, con el avance de las telecomunicaciones, el intelectual puede aprovechar los mass media, pero sin poder solucionar el problema de fondo, esto es, lograr una comunicación esencial con el público, limitando así su impacto a lo inmediato, espectacular y efímero. Sobre estos temas, ver el libro de Beatriz de Sarlo, *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en Argentina*, Ariel, Buenos Aires, 1994.

²¹ Muy vinculado a lo dicho está el reclamo que hace Guillermo Rochabrún cuando dice: "La ausencia de autonomía entre los espacios de

INTELECTUALES Y POLÍTICA EN EL PERÚ

EL ARRIBO DE LOS EXPERTOS

Los intelectuales, como decía en líneas anteriores, necesitan del terreno de lo político para ser partícipes importantes de la vida nacional. Y esto puede ser mucho más visible en los actuales momentos en que han caído las grandes utopías (especialmente el socialismo), donde han perdido legitimidad las macro-interpretaciones, donde las ideologías carecen de capacidad de seducción. En este momento, decía, es cuando aparecen copando el escenario los "expertos".

Los así llamados tienen una ventaja, aparecer ante la opinión pública como desprovistos de toda intencionalidad, de ser completamente racionales, cuyas cualidades de tecnócratas los preservan de toda animosidad, de toda parcialidad, como si estuvieran por encima de los conflictos sociales porque son "los que saben", los pragmáticos. Supuestamente se caracterizan por buscar la mejor manera de hacer lo necesario dentro de un mundo ya esterilizado. Los ideólogos, que han fracasado, no tienen otra alternativa que cederles su lugar.

El problema que genera esta primacía de los expertos es que ahonda la gravedad de la incomunicación reiteradamente aludida en estas páginas. Más allá de la distorsión prevaleciente alrededor de su imagen pública (pues los expertos no están exentos per se de identificarse con cualquier proyecto político), lo que ocasiona su inusitado protagonismo es el abandono del interés por

la teoría, la política y la práctica profesional lleva a la constitución de una ciencia (la sociología) que se sitúa por debajo de las exigencias del presente. Si esto es así, al menos parte de la solución consiste en reconstruir la autonomía del mundo académico. La mejor colaboración que puede obtenerse es la que proviene de campos tan bien decantados como sea posible" (Guillermo Rochabrún S., "La política de la sociología. Para una apreciación del caso peruano", Apéndice a *Socialidad e individualidad. Materiales para una sociología*, PUCP, Lima, 1993, p. 170 -sic-).

OSMAR GONZALES

cualquier reflexión con pretensiones de globalidad. Simplemente no es de su interés. Por otro lado, soslayan la pregunta por el hombre, sus reflexiones están desprovistas de un carácter antropocentrista, tan necesario hoy en día. Si bien los ideólogos tampoco fueron muy productivos en ese tipo de indagación, esta carencia se profundiza con los expertos.

Finalmente, el divorcio o, en el mejor de los casos, la poca comunicación entre intelectuales y la formación de una opinión pública característica del proceso peruano se agudizan, dado que los expertos ponen el privilegio de su atención en las esferas del poder, no porque quieran comunicarse con la sociedad y fracasen en su intento, sino porque es ahí, en la arena estatal, donde se encuentra su campo natural de reproducción. La comunicación con la sociedad deviene irrelevante para ellos. De este modo, no contribuyen a la formación de un lenguaje compartido, a la expansión de valores comunes, a generar modelos de hombres ideales. En otras palabras, el interés humanista termina siendo aplastado por la razón tecnocrática.

El resultado final es que ni la actividad intelectual ni la política son vistas como espacios plausibles a los que acudir para la imaginación de proyectos de sociedades. Tanto lo político como lo intelectual parecen haber perdido las claves que tradicionalmente les otorgaron su distintivo (al menos idealmente), esto es, proveer de dirección a la organización de la sociedad o de la cultura, sustrayéndose al papel de ser meros administradores de lo inmediato. Es decir, estamos ante el cercenamiento de la imaginación ante el porvenir.